

# CONCEPTOS ERRADOS

## Compromiso o Pacto

Virgilio Zaballos

Ya hace tiempo que vengo observando la reiteración que se hace en muchas iglesias sobre la necesidad de contraer un compromiso con el Señor, o con la iglesia, o con las actividades que se desarrollan. Nunca me ha gustado el término «compromiso». Comprendo que se usa con buenas intenciones, para impulsar a los creyentes a moverse en la buena dirección, a salir de la pasividad y la indiferencia galopante que nos anega, pero a pesar de ello, no creo que esté justificado el uso y abuso del término.

Compromiso apela a la obligatoriedad de realizar un acto poniendo como base nuestra voluntad. Tiene el componente de aceptarlo o rechazarlo. En el primero de los casos nos eleva a un nivel de creyentes comprometidos, que me recuerda aquello de «católicos practicantes». Esta opción conduce irremediabilmente al orgullo espiritual, a compararnos con otros que no parecen tan comprometidos, y por tanto hacemos una categoría especial de creyentes por el hecho de hacer o no hacer algunas cosas. Por ese camino terminamos en el evangelio de obras, en la jactancia humana y la elevación de un tipo de cristianos arrogantes. Aceptar el compromiso no pone el énfasis en el corazón, sino en la actitud externa, porque el compromiso hay que manifestarlo esforzándonos en que sea notorio y con ello el «*no soy como los demás*», tampoco como «*ese publicano sin compromiso...*» Pienso que el evangelio pone el énfasis en el corazón, de donde emana la vida.

En el segundo de los casos, si rechazamos el compromiso, aparecemos como contrarios, adversarios, incluso como enemigos, aunque la persona sea un fiel discípulo del Señor. Un compromiso se puede rechazar y aceptar otro, –por interés–, siendo socialmente aceptable. Ese no es el lenguaje de un pacto.

Cuando se rompe un pacto, según las Escrituras, las consecuencias son realmente trágicas, y pueden alcanzar a familias y naciones enteras.

Cuando apelamos a los creyentes para que contraigan un compromiso les estamos dando la posibilidad de rechazarlo, como respuesta a una pregunta mal formulada. Es como cuando le decimos a nuestro hijo: «¿te apetece ir a tirar la basura?». Al formular la pregunta de esta forma la acción subsiguiente nos coloca en posición de recibir una respuesta negativa, que debería ser aceptada por coherencia con la pregunta. Lo cual no sería una desobediencia, sino la opción elegida legítimamente. Pero si le decimos: «ve a tirar la basura», estamos dando una orden, no haciendo una sugerencia, por lo tanto, si la respuesta fuera negativa estaríamos hablando de desobediencia; este caso nos sitúa en un escenario muy distinto. No aceptar el compromiso es una elección, sin embargo, romper el pacto es desobediencia.

Pero claro, vivimos en una sociedad donde dar órdenes no está de moda. Los imperativos nos parecen intolerantes, por lo tanto debemos usar un lenguaje «de falsa educación», sugiriendo con muchísima sensibilidad (no vaya a ser que dañemos o perturbemos la delicadeza del niño y lo traumamos) la oportuna acción; aunque seamos unos tiranos en el corazón, y rabiemos de cólera reprimida cuando recibimos un «no» por respuesta. Pero, eso sí, debemos «aparentar» tolerancia, falta de autoridad y un refinamiento farsante que nos delata más pronto que tarde.

Una vez más el lenguaje nos traiciona y delata. Nos traiciona porque no se ajusta a la verdad, y nos delata porque pone en evidencia el tiempo en que vivimos, un tiempo de decadencia espiritual y apostasía de la fe por el maltrato de la verdad.

Hemos rebajado tanto el nivel de exigencia que el evangelio ya no parece ni evangelio, es más bien un contrato de conveniencia, una transacción comercial en la que, sobretodo, pensamos en los beneficios. Hemos corrompido el lenguaje porque la Escritura no habla de compromiso, sino de pacto.

No somos hijos de Dios por comprometernos con Dios, sino por entrar en un pacto sellado con sangre, la sangre del Justo Hijo de Dios.

Desde el principio el Señor se ha relacionado con el hombre a través de pactos. Hay varios en la Escritura. Un pacto, una vez ratificado no se puede invalidar (Gá.3:15-17); no hay posibilidad de enmiendas, solo hay dos opciones, cumplirlo o romperlo, con las consecuencias que se derivan en cada caso.

Los hijos de Dios hemos contraído una relación de pacto con el Señor, no de compromiso. El pacto nos ata a cumplir nuestra parte para ser beneficiarios de la parte que le corresponde al Señor. La obediencia forma parte del pacto, no es una opción; sin embargo, muchas de las apelaciones al compromiso tienen que ver con realizar actividades impuestas por mandamientos de hombres, no por exigencias del pacto con Dios.

Estamos obligados a vivir en el Espíritu del Nuevo Pacto, lo cual incluye seguir al Espíritu, no visiones de hombres. Podemos ser fieles al pacto con Dios e infieles a las exigencias de los líderes. Podemos también quedar atrapados en una infinidad de actividades caprichosas impuestas por líderes al estilo de Nimrod o Diótrefes, creyendo que servimos a Dios y solo estamos sirviendo a un sistema, o una institución.

El pacto es con Dios, incluye vivir por los hermanos, amar, entregarse por el prójimo, no por compromiso sino como resultado del pacto contraído. Apelar al compromiso rebaja esta exigencia y nos hace creer mal que podemos escoger, cuando en realidad estamos ligados a Jesús, atados a vivir según sus mandamientos.

No podemos escoger, el pacto ya ha escogido por nosotros. La letra de la ley del Espíritu de vida en Cristo está grabada en nuestros corazones, por tanto, lo «natural», dentro de la vida sobrenatural del cristiano, es obedecer al Espíritu, seguir al Espíritu, andar en el Espíritu, vivir en el Espíritu, ser llenos del Espíritu. No es opcional, es imperativo: *«Sed llenos del Espíritu»*.

*«Andar en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne».*  
*«Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu».*

El espectáculo lastimoso de pastores o responsables de iglesias locales mendigando el compromiso de los hermanos es contrario a la voluntad de Dios. Pablo no lo hizo. El apóstol dio instrucciones a Timoteo y Tito de lo que había que hacer en las iglesias. La respuesta de cada uno a las demandas del discipulado pone en evidencia la realidad de su fe. Por sus frutos se conoce el árbol, no por aceptar compromisos, realizar actividades fielmente pero tener un corazón lejos de Dios, endurecido, engrosado.

Comprendo que se hace con buenas intenciones pero eso no cambia la verdad. Hacer creer a los hermanos que son muy buenos porque aceptan el compromiso de dar el diezmo, asistir a los cultos, participar en los diversos programas, etcétera, es contraproducente porque levanta una generación de creyentes sobre una base errónea. Sin darnos cuenta, estaremos tratando de mantener el ánimo de los hermanos, no para que sirvan al Señor, sino para que no se desanimen y dejen de apoyar el sistema religioso institucionalizado. Por este camino aceptaremos el pecado como forma de vida, porque habremos colocado el nivel de compromiso externo por encima de la justicia de un corazón recto delante de Dios.

Dicho esto, veamos algunas cosas más. ¿Qué significa compromiso según el diccionario de la lengua española? Significa «obligación contraída, palabra dada, fe empeñada». Lo primero. Compromiso significa obligación que contraemos para realizar algo. El evangelio nunca aparece como una obligación, sino más bien como una necesidad vital del ser humano. Si predicamos el evangelio con esta idea errónea hacemos creer a los futuros creyentes que se trata de aceptar una serie de requisitos a realizar de los que no podremos escapar sin ser perseguidos; es el camino de las sectas. Y lo hacemos muchas veces cuando ponemos el énfasis en «venir a la iglesia» en lugar de llevarlos a Jesús.

Es la idea más común que tienen los demás de ver el cristianismo, una religión basada en la obligatoriedad de cumplir o no cumplir una lista de cosas. Esto vale no solo para los católicos, también para los evangélicos.

La Escritura habla de pacto, no de compromiso. El término «pacto» aparece en una infinidad de ocasiones, no así el vocablo compromiso. Antes de seguir meditando en el término «pacto» debo aclarar que no estoy apelando a lo que en algunos lugares llaman «ofrenda de pacto», o cualquier otra cosa con la coletilla de «pacto», porque veo que el contexto es de compromiso aunque se use el término bíblico; en muchos casos para coaccionar y manipular más aún imponiendo tesis contrarias al Espíritu de la palabra. Dicho esto, sigamos con nuestra reflexión.

No pretendo aquí hacer un estudio exhaustivo sobre los pactos en la Biblia, eso nos llevaría muy lejos de nuestra intención original que es confrontar nuestro lenguaje en el mal uso, según lo entiendo yo, que hacemos del término compromiso en lugar de hablar de pacto.

Desde el principio Dios se relaciona con el hombre a través de pactos. En estos pactos es Dios quién toma la iniciativa e invita a la persona a aceptarlo cumpliendo sus demandas, beneficiándose así de su contenido. Dios hizo un pacto con Noé. El Señor hizo un pacto con Abraham, luego con el pueblo de Israel a través de Moisés en el Sinaí. También hizo un pacto con David, y por último se habla del nuevo pacto, hecho con Judá e Israel, que afecta a todas las naciones mediante el Mesías; es el llamado nuevo pacto.

Cada uno de los pactos tiene sus peculiaridades. Algunos son condicionales (el pacto mosaico). *«El que hiciere estas cosas vivirá por ellas»*. El nuevo pacto es incondicional, entramos en él por el arrepentimiento y la fe en Jesús, el autor del nuevo pacto. Una vez que entramos en el pacto quedamos ligados a él para siempre. *«Porque si alguno pisoteara la sangre del nuevo pacto (Heb.10:29), ya no queda ninguna posibilidad de volver a ser rescatado, exponiendo nuevamente a Jesús al vituperio» (Heb.6:4-6)*.

El nuevo pacto nos une a Jesús. Separados de él nada podemos hacer. A partir de ese momento todo lo que hacemos lo hacemos para el Señor. Somos suyos. Comprados por precio. Siervos de Jesucristo. «*Doulos*», esclavos, siervos. No hay posibilidad de aceptar o rechazar un compromiso. La dimensión del pacto es muchísimo mayor que la de un compromiso. El pacto no está centrado en nuestra voluntad voluble y cambiante, sino en la voluntad de Dios, eterna y expuesta en la Escritura para siempre. «*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*». Los compromisos humanos, incluidos los pactos humanos y de naciones, pasarán; pero la palabra de Dios permanece para siempre en los cielos (Sal.119:89).

La vida cristiana no es un compromiso, es un pacto. Su palabra ha sido grabada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, por tanto, no hay opción para comprometernos o no, sino para obedecer su voluntad o desobedecerla.

Cuando un hermano decide vivir en desobediencia no debemos imponer la voluntad de Dios mediante la manipulación o las amenazas. Debemos persuadir, animar, exhortar, motivar, ser modelos y ejemplos para imitar; de tal forma que el pecador sea convencido del error de su camino y escape de la desobediencia mediante el arrepentimiento. Nunca imponer, obligar, coaccionar. Si una persona resiste la voz del Espíritu Santo ¿qué nos hace pensar que nosotros vamos a ser más persuasivos y exitosos que Él mismo? Cuando este es el caso, no debemos insistir en que hagan aquello que están desobedeciendo, sino que necesitan venir al arrepentimiento; no ser «animados», (sino confrontados con la verdad), con la idea de que hagan un compromiso, dando a entender que su desobediencia viene a ser ahora un motivo de reconocimiento porque han aceptado un compromiso a regañadientes.

Está escrito: «*Servid a Dios con alegría*» (Sal.100:2). «*En lo requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor*» (Ro.12:11).

Jesús dijo: *«El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome la cruz, y sígame»*. Cuando se marchaban muchos, les dijo a los suyos: *«queréis ir vosotros también»*. Luego cuando envió a los discípulos a las ciudades a predicar el evangelio, les dijo que si en una ciudad no los recibían se limpiaran el polvo de sus pies contra aquella ciudad y fueran a otra.

En el evangelio no hay tal cosa como rogar a los hermanos para que acepten un compromiso y hagan la voluntad de Dios. El mensaje es para arrepentirse de sus pecados de desobediencia. Esa fue la misión de los profetas de Israel una y otra vez. Su mensaje no era que hicieran un compromiso para realizar ciertas actividades, sino que se volvieran a Dios, abandonaran el pecado, y rogaran a Dios por si había ocasión para el arrepentimiento.

Por todo ello, y mucho más, creo que hacemos un flaco favor a la causa del evangelio cuando requerimos un compromiso de los hermanos para que cumplan aquello que es la voluntad revelada de Dios. Más bien debemos discernir si lo que proponemos son demandas del pacto o imposiciones eclesiásticas, mandamientos de hombres mezclados con algunos textos bíblicos. Si es el primer caso, estamos ante la desobediencia del pueblo, y debemos llamar a las cosas por su nombre exponiendo con amor la dureza de sus corazones, dejando en las manos del Señor el resultado posterior. Si fuera el segundo caso, no tenemos derecho a imponer cargas, sino que a libertad nos llamó el Señor.

Pondré un ejemplo muy nítido en la Escritura: el matrimonio. La Biblia enseña que el matrimonio es un pacto, no un compromiso. *«El Señor ha atestiguado entre ti y la mujer de tu juventud, contra la cual has sido desleal, siendo ella tu compañera, y **la mujer de tu pacto**... Guardaos, pues, en vuestro espíritu, y no seáis desleales para con la mujer de vuestra juventud»* (Mal.2:14,15). A partir de ese pacto lo que juzga el Señor es la fidelidad o no al pacto contraído. La deslealtad es repudiada por el Señor con firmeza. Dios es fiel y se requiere de sus hijos que sean fieles.

El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho. Debemos apelar a la fidelidad a Dios no al compromiso.

Cuando la palabra dada está atada a un pacto nuestro hablar será: *«Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede»* (Mt.5:37). *«Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado»* (Mt.12:37). *«La muerte y la vida están en poder de la lengua, y el que la ama comerá de sus frutos»* (Pr.18:21).

Por no entender la importancia de la palabra hablada, provocamos que nos llamen a hacer compromisos, cuando tendría que ser suficiente con nuestra palabra dada para sellar un acuerdo. Es lo que hicieron *«Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de compañerismo»* (Gá. 2:9). Un apretón de manos fue suficiente para confirmar la palabra dada.

Por estar acostumbrados a la palabrería, hablar por hablar, hablar sin pensar, contraer compromisos sin examinar las consecuencias que se derivan de él, luego los rompemos alegremente y seguimos mintiendo, porque esta es una forma de mentira. Decir y no hacer es mentir. Así atraemos condenación hacia nosotros mismos por nuestras palabras sin tino. *«Pero sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por ningún otro juramento; sino que vuestro sí sea sí, y vuestro no sea no, para que no caigáis en condenación»* (Stg.5:12).

Debemos hablar con la boca desde la fe del corazón. Es lo que llamamos hablar de corazón. *«Porque de la abundancia del corazón habla la boca»*. Una y otra vez somos expuestos en nuestra necedad. Si tuviéramos mentalidad de pacto y comprendiéramos la trascendencia de un pacto, no seríamos tan ligeros en hablar para luego no cumplir. Este es el voto de los necios. *«No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras. Porque de la mucha ocupación viene el sueño, y de la multitud de las palabras la voz del necio.*



*Cuando a Dios haces promesa, no tardes en cumplir; porque él no se complace en los insensatos. **Cumple lo que prometes.** Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas. No dejes que tu boca te haga pecar, ni digas delante del ángel, que fue ignorancia. ¿Por qué **harás que Dios se enoje a causa de tu voz**, y que destruya la obra de tus manos? Donde abundan los sueños, también abundan las vanidades y las muchas palabras; más tú teme a Dios» (Ecl.5:1-7).*

También está escrito: «*No seas de aquellos que se comprometen, ni de los que salen por fiadores de deudas*» (Pr.22:6). Judas lo hizo, comprometiéndose a buscar una oportunidad para entregar al Señor. «*Y él se comprometió, y buscaba una oportunidad para entregárselo a espaldas del pueblo*» (Lc.22:6).

No hace falta llegar a esos extremos para ser expuestos. Deberíamos ser muy cuidadosos con nuestro hablar en todos los sentidos. Una y otra vez somos enlazados con las palabras de nuestra boca (Pr.6:2). Tampoco debemos exponer a otros que digan lo que no han pensado y no se les ha explicado correctamente. La letra pequeña de un contrato puede hacernos despertar de una pesadilla por no haber entendido bien lo que firmábamos. Por tanto, no provoquemos a ira a nuestros hijos, sean estos naturales o hermanos en la fe, exponiéndolos de manera forzada a realizar promesas que luego no cumplen.

En una sociedad como la nuestra los términos, eufemismos, o el lenguaje torcido, hacen que en muchas ocasiones quedemos atrapados en lazos. Torcemos el lenguaje y con él pretendemos conseguir aquello que de otra forma no podemos. Somos llevados una y otra vez a violentar nuestras decisiones para producir lo que no tiene vida. Estamos dispuestos a manipular hasta la náusea para conseguir nuestros objetivos a toda costa. Queremos ocupar el lugar de Dios y acabamos siendo hechiceros en lugar de testigos.

Somos fascinados, como los gálatas, por encantadores del lenguaje para esclavizarnos y quedar subyugados a espíritus engañosos y doctrinas de demonios (1 Tim.4:1).

Repito, comprendo que a veces hay buenas intenciones en producir en los hermanos el deseo de que hagan lo que sabemos es bueno, pero ni siquiera eso está permitido en el reino. No hemos sido llamados a manipular, sino a predicar el evangelio que pone en libertad a los cautivos del pecado. Una vez redimidos quedamos unidos en pacto eterno con el Señor que nos compró. Y a partir de ese momento, todo lo que hacemos lo hacemos para el Señor. *«Pues si vivimos para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así, pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos»* (Ro.14:8).

No necesitamos contraer un compromiso si hemos entendido que hemos entrado en un pacto. No necesitamos ser apelados a servir a Dios si sabemos que le pertenecemos, *«y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí»* (Gá.2:20).

Si andamos en el Espíritu no necesitaremos las obras de la carne. Si somos guiados por el Espíritu sabremos lo que debemos hacer en cada momento. Si vivimos lejos de su voluntad entonces el mensaje es regresar, arrepentirse y volver a sus caminos. Debemos apelar y ayudar a los hermanos a ser llenos del Espíritu, las obras resultantes vendrán por añadidura.

Virgilio Zaballos, pastor.

Terrassa, abril-2015

Todos mis libros se encuentran aquí:

<http://www.dci.org.uk/espanol/virgilio.htm>

Editado por Las Paginas DCI.

[www.dci.org.uk](http://www.dci.org.uk)